



Conferencias Fundación Familia Unida

Resumen de Agosto 2007

¡¡HACE TANTO QUE NO HABLAMOS DE "NOSOTROS"!!

P. Gustavo Ferraris, sdb

Esta charla va introducida con la lectura de una carta escrita por el Padre Ferraris a un grupo de la Fundación para el Crecimiento Matrimonial.

Entre varias actividades sacerdotales, ejerzo la capellanía en colegios, de los cuales nombraré La Maisonette y el San Pedro Nolasco. A menudo escucho a los jóvenes en confesión, y entre las faltas más recurrentes me hablan de mentir a los padres, reconocimiento que causa mucho dolor y arrepentimiento. Nuestra respuesta es invariablemente la misma: imagínate cuánto se alegran un padre o una madre del arrepentimiento de sus hijos y de la formación de un sincero propósito de enmienda. Cuan felices se ponen los padres, cuan feliz es el sacerdote que oye ese reconocimiento y el propósito de superación. Se incubaba en los jóvenes el siguiente pensamiento: si pongo al otro en primer lugar y si aspiro a hacer feliz al otro más que a mí mismo, entonces, aunque parezca curioso, seré feliz.

¿Es fácil hablar de uno mismo? Fácil, pero muy difícil a la vez. Hay una obra teatral, "*De Uno a Diez, ¿Cuánto me Quieres ?*", que lo expresa en términos algo burlescos, pero muy certeros. Nos hemos acostumbrado a escuchar acerca de la importancia de la comunicación en las relaciones humanas, especialmente en el matrimonio, pero en los hechos mostramos escasa capacidad para comprender y aplicar a nuestra vida una *buena comunicación*. Me pregunto, ¿es lo mismo una buena comunicación que una buena conversación?

Una buena comunicación implica en parte renunciar a uno mismo, compartir con otro algo mío, lo que está dentro de mí. Desnudarme. En otras palabras, estar dispuestos a que el otro nos acoja incondicionalmente, tal como somos, sin prestar demasiada atención a la apariencia externa. ¿Estamos realmente dispuestos a hacer ese ejercicio?

A menudo empleamos el lenguaje para manifestar y expresar nuestro estado de ánimo, nuestra melancolía, nuestra desazón, nuestra rabia, nuestro enojo, sin ocuparnos demasiado de indicar cuáles son las causas que motivan esos sentimientos.

El propósito primero de toda comunicación es dejar por un rato de lado el "tú" para hacer énfasis en el "yo". Nuestro diálogo mejorará en calidad si planteamos nuestra comunicación desde nuestra experiencia personal, poniendo a la distancia la recriminación o los reproches contra el otro.

El paso siguiente es indispensable, aunque no siempre estemos dispuestos a darlo de buena gana: escuchemos las señales que emite el otro. Toda relación entre personas, especialmente las relaciones de pareja, depende en buena medida de las actitudes que asumamos ante las respuestas, los impulsos, las emociones, la desconfianza que muestra el otro.



Es obvio que esta actitud lleva implícita la necesidad de respetar al otro. Para escuchar, respetemos.

Recuerdo la historia de esa pareja unida en matrimonio que cesó su vida en común después de dieciocho años. Ella un día se hastió y se fue de la casa. Recibí al marido en mi oficina y lo escuché largamente. Después de oír una exposición muy completa y muy racional sobre las causas de su desencuentro, en las que no se apreciaba resentimiento ni distancia, sino sólo frustración por lo perdido, le pregunté: *¿Le hiciste sentir a tu mujer alguna vez en tu matrimonio que ella es importante para ti? Y si ahora tienes pena, ¿es por ella o es por ti?* Se quedó callado, sin respuestas. Lo interrogué una vez más, *¿qué sientes ahora?* Él contestó: *"Ganas de llamarla"*. Acto seguido le entregué mi teléfono y le dije que entonces la llamara ahora mismo. Él marcó su número, hablaron algunas generalidades y en un momento él le dijo que la echaba de menos. Después de un silencio, ella sólo contestó: *"Me emocionaste"*. Y no pasó mucho tiempo hasta que volvieron a vivir juntos.

La comunicación implica conocer y vivir un contexto de emociones, sentimientos, percepciones, lo que nos pasa por dentro. Es cierto que cada uno de nosotros cuida su intimidad y no está dispuesto a dejarse pisotear o descalificar. Pero muy distinto es hacer que el otro participe de nuestra identidad, darle nuestra confianza, y a la vez estar dispuesto a restituir la confianza que el otro puso en nosotros. Diremos a menudo que peleamos por tonterías, por cosas insignificantes, pero frecuentemente esta cuestión que creemos menor es de suma importancia para el otro y no estamos dispuestos a hacer ese reconocimiento. La verdad es que, en la vida de pareja, todo es importante para iniciar una discusión.

Es hora de hablar de las decisiones. A menudo el amor adquiere una apariencia de sentimientos, pero el paso siguiente tiene

mucho de racional, de una decisión fundada, de asumir y aceptar un riesgo, incluso admitir la posibilidad, aunque lejana, de experimentar un rechazo.

El riesgo puede asumir diversas formas, como por ejemplo aceptar que el otro cambie físicamente con el paso del tiempo es una cuestión más que natural y previsible. No hablamos sólo de una cuestión de gustos, sino de aceptar incondicionalmente al otro. Si miramos la cuestión desde esta perspectiva, debemos tener suma claridad en que no podemos confundir nuestros ideales con nuestras metas. Las metas, como comprar una casa, tener una familia numerosa, tener un buen trabajo, mantener cierto standard de vida, siempre son una cuestión posible de obtener. Los ideales, por el contrario, jamás serán posibles de alcanzar en plenitud. Existen y están entre lo que nos proponemos alcanzar, aunque es un hecho que jamás podremos aprehenderlos. Siempre serán aspiraciones, anhelos que nunca podremos poseer en su totalidad.

No olvidemos que nuestras decisiones racionales de cada día se adoptan en función de nuestras metas, pero también según nuestros ideales. El amor matrimonial tampoco escapa a esta realidad. La alegría de unirse en matrimonio no es un derecho sino un don. No es una prerrogativa que nace de un compromiso formalmente adquirido, no es una meta que podamos alcanzar de acuerdo a un plan que nos trazamos de manera racional, sino un regalo que recibimos del otro. La verdad es que nadie, ni el contrato matrimonial, nos obligan a querer al otro, de manera que debemos dejar espacio a la emoción, a sorprendernos y asombrarnos con el otro.

El amor matrimonial es un don. Así como debemos estar dispuestos a darlo, nunca dudemos en pedirlo. En pedirselo al otro, o en pedirlo juntos en oración a Dios.